

La inutilidad de la Filosofía

El cansancio de su defensa

María Luisa MARQUINA SAN MIGUEL

Enfoque. Filosofía Práctica: Particulares, Instituciones y Empresas
Mediación: Laboral, Civil y Mercantil

Motivación

Esta comunicación pretende ser una invitación concisa a la reflexión sobre lo que la filosofía puede aportar al conocimiento y a la sociedad. Por tanto, no persigue presentar un estudio exhaustivo, ni tampoco uno pormenorizado, sobre un tema específico vinculado con el pensamiento. Persigue, explícitamente, motivar al lector para preguntarse si, más allá de la esfera académica, la filosofía es una materia *inútil*.

La filosofía analiza el proceder del pensamiento y alguna de las variables que inciden en él. Desde un punto de vista teórico, escruta y trata de aportar luz sobre cómo se genera y valida el conocimiento, qué diferentes tipos hay, y qué lo diferencia de la creencia y de la opinión. Desde uno práctico, se ocupa de la capacidad productiva de ideas y valores para intentar comprender algunos de los factores que inciden en la acción humana. Estos objetivos de análisis los persigue la filosofía en interdisciplinar y continuado diálogo con las diferentes ramas del saber. En ellas ha de buscar la filosofía su savia, tanto para desarrollar una reflexión rigurosa sobre el estado del arte del conocimiento, como para poder construir con fundamento una perspectiva realista de las conexiones existentes entre los diferentes nodos de lo que se conoce. Cuando hay nodos vacíos en la red del conocimiento, o conexiones que no existen, o no se conocen, la filosofía ha de ser infructuosa para construir castillos en el aire a base de retórica hueca. Si los construye, su significado, probablemente, se diluirá.

El lenguaje estéril y el referente que se desvanece

Aportar análisis y trabajo de clarificación, con lenguaje preciso y argumentación fundada, es tarea de amplio alcance. Es muy posible que ésta sea una de las principales aportaciones que puede realizar la filosofía, como materia académica, pero también, y especialmente, como forma de conocimiento que busca vincular la reflexión analítica con problemas teóricos y prácticos. Quizá porque existe en no pocos entornos una tendencia bastante generalizada a ligar el dominio de la filosofía con asuntos teóricos insondables, expresados en un lenguaje preñado de abstracción no siempre sustentada en significados, quizá por ello, la filosofía se ha podido revestir de un halo de *dama de salón para eruditos*. Puede ser interesante considerar hasta qué punto esa visión puede depender del punto de mira, esto es, la academia y/o la vida.

Si pudiera llegar a establecerse un acuerdo de mínimos sobre los objetivos que persigue la filosofía, teniendo en cuenta, dada su plasticidad, que pueden ser de la magnitud de los esbozados en el apartado inicial de esta comunicación, entonces será sensato reconocer que no es tarea menor la que la inspira, ni banal el fundamento del trabajo que la orienta. Sin embargo, se trata de una materia que con frecuencia necesita precisar que sirve para algo.

Que una disciplina, procedimiento o herramienta particular sea útil o no depende del criterio con el que se defina el concepto de *utilidad*, así como de los objetivos que se desee alcanzar al aplicarlo a diferentes realidades. El concepto de útil suele vincularse con la posibilidad de ofrecer algún fruto, mover algún interés o producir algún provecho.

La presente comunicación indaga cómo la fijación, a menudo externa al sistema educativo, de lo que ha de ser útil para la formación de las personas, y de cómo ha de serlo, puede alimentar la concepción de la filosofía como materia inútil. En las sociedades tecnológicamente desarrolladas parece difícil poner en discusión, por ejemplo, que tareas como programar, diseñar un circuito o mapear una red comunicaciones, sean tareas inútiles. Algo similar puede decirse, no sólo de los niveles de desarrollo, sino de los de investigación, en campos como la física o la química —sobre todo aplicadas—, o la medicina y la farmacología en el terreno biomédico.

Es probable que un consenso de utilidad particularmente potente pueda extenderse al espectro de las ciencias experimentales, ya que al permitir obtener resultados que pueden reproducirse en la práctica, se genera una confianza racional en la posibilidad de hacer algo con ellas, pues se cuenta con la capacidad efectiva de manejarlas. De este modo, con frecuencia sin mediar acto consciente de reflexión adicional, las sociedades, los individuos que las conforman, van modelando el valor que han de tener las cosas, sean éstas saberes o disciplinas, artefactos o herramientas, o los propios referentes que el ser humano encuentra en la naturaleza, incluido él mismo, con su potencialidad y limitación de pensamiento y acción, pero también, entre otros, con sus necesidades, sentimientos, pasiones y motivaciones.

Cuando una idea sin fundamentar se extiende, debido, entre otros factores posibles, a supuestos erróneos, prejuicios o intereses, la labor de clarificación se hace necesaria si se percibe el posible equívoco y se desea desmontarlo. Otra cosa es que ese deseo no exista, o más básico aún, que no se perciba la necesidad de clarificación mencionada, pues no es extraño no sentir el impulso de preguntar e investigar si no existe la motivación de dudar.

Al acercar el hilo argumentativo del párrafo precedente al ámbito de la filosofía, esta comunicación plantea que, por ejemplo, en sociedades como la española es posible detectar, en particular fuera del ámbito académico, la existencia de una percepción bastante extendida de que la filosofía es sobre todo una materia erudita, que se expresa en términos que pocos comprenden, y versa sobre asuntos abstractos, alejados de la vida y de los problemas efectivos

de las personas.

Cuando la satisfacción de necesidades básicas ligadas al sustento, y de otras, a lo mejor no tan básicas generadas sobre las anteriores, imprime el ritmo de la vida cotidiana y determina la naturaleza de los problemas concretos a los que hay que dedicar esfuerzo, ¿cómo es posible que a una materia que trata de desarrollar perspectiva sobre el conocimiento y sus posibles límites se le pueda asignar un valor de utilidad, de obtención de algún provecho? ¿Acaso provocar al pensamiento y tomar conciencia sobre la razón y las variables no racionales que interactúan con ella, como lo sentimientos y las pasiones, puede reportar algún beneficio a la sociedad? Puesto que se trata de preguntas que refieren a problemas de espectro amplio, de carácter no algorítmico, y difíciles de acotar, sugerimos al lector la posibilidad de que considere si su vida cambiaría en algún grado significativo si no existiera en ella, ni de oídas, la variable filosofía. Si la respuesta es sí, es probable que algo se esté haciendo bien, aunque sea susceptible de ser mejorado, pero si la respuesta es negativa, ¿se tiene alguna idea de qué es lo que pueda estar fallando?

El ejercicio de preguntarse por qué puede haberse extendido la percepción mencionada de la filosofía, en particular en la vida que fluye fuera de las aulas, no parece un trabajo de campo baladí. Una respuesta, fácil en principio, podría ser la de señalar el desconocimiento de lo que la filosofía puede transmitir a las personas. De ahí puede venir la imagen, bastante generalizada, de que se trata de una materia evanescente, inaccesible y de desconocido fruto, para el ser humano común. En el supuesto de que esto pueda ser así, parece necesario interrogarse por cómo se vive, desde la perspectiva interna de la formación en filosofía en el universo educativo y académico, la visión de distancia, e incluso de posible incompreensión de la materia, que puede tener la persona de a pie. A lo mejor este punto puede ser más crucial de lo que parece para contribuir a reconducir un diálogo entre realidades que pueden llevar tiempo sin escucharse en exceso, y que, quizá, podrían realimentarse de forma fructífera.

Sí parece, de acuerdo con el conocimiento histórico que hasta el momento se ha sido capaz de reconstruir, que la filosofía, acompañada por otras disciplinas, ha aportado ideas productivas para la evolución del saber, para la proyección de algunas hipótesis que el ser humano ha ido construyendo sobre sí mismo y sobre los demás seres, así como para la interpretación y búsqueda de explicación, en diferentes niveles de complejidad, del funcionamiento de la naturaleza, de la que las personas también forman parte. Sin embargo, la propia filosofía que promueve la duda como procedimiento para estimular a la mente a escrutar, interrogarse y no conformarse con lo inmediato, superando en lo posible la impotencia frente a la incertidumbre y frente a lo desconocido, tiene ocasión de plantearse ahora la duda de si en el presente se está preocupando de transmitir algún rudimento fructífero y útil, no ya para quienes deciden estudiarla, sino para tratar de llegar de algún modo a los que puede ser que no abran alguna vez en su vida un libro de esta materia.

Quizá, como imagen, pueda valer pensar que una mayoría de las personas no estudian matemáticas, no se dedican al álgebra, la teoría de conjuntos, ni puede ser que lleguen a plantearse alguna vez quién fue Kurt Gödel y por qué su trabajo supuso un zarpazo limitativo a las posibilidades deductivas de las matemáticas como ciencia, sin embargo, esa mayoría de individuos convive con, y utiliza prácticamente a diario, rudimentos de esta disciplina para realizar operaciones de las que depende el orden de la aritmética de su vidas. Las operaciones elementales se aprenden en la escuela, y se convierten en una herramienta que se utiliza de forma algorítmica, sin mediar, probablemente, proceso consciente más que el que se deriva de la necesidad de procurar tener al día las cuentas.

Otra imagen puede provenir de la física, pues, aunque para el común de los mortales es

probable que sea casi por completo desconocido qué partículas elementales distingue esta ciencia y a qué principios obedece su funcionamiento, así como qué modelos del universo se han desarrollado, y cuál puede ser, y por qué motivos, el que más aceptación tiene en cada momento, sin embargo, pese a que muchas personas no tienen incorporado estos conocimientos apuntados, toman decisiones y llevan a diario acciones no ajenas a procesos físicos que afectan a la escala en la que el ser humano se mueve: desde la elección, cuando es posible, del tipo de energía para la vivienda o el centro de trabajo, hasta la utilización de un electrodoméstico o la conducción de un vehículo. En este punto se percibe de nuevo que las personas conviven en la vida cotidiana con elementos y procesos dependientes de la asunción de principios físicos, pero no precisan ser expertos en la materia para poderse valer de ellos.

Se ha de preguntar entonces qué puede ocurrir con la filosofía. ¿Es posible que pueda convertirse en un referente que aporte ideas a los individuos, en especial en los casos de las personas que no la estudian académicamente? ¿Pueden y desean los filósofos acercar la forma de pensar de la filosofía a la sociedad?

Funciones analíticas, transformativas y críticas

Es posible que la filosofía no esté cumpliendo alguna de las funciones que pueden ser adscribibles a ella. Puesto que, entre otras posibilidades, no se trata de una ciencia, de una técnica, de una religión, o de un relato histórico, literario o periodístico, la filosofía, para ser útil a la sociedad sobre la que proyecta su trabajo e investigación, puede ser que precise regenerar desde la base su encaje en la red de las creaciones de la mente.

Divisiones y disensos polémicos ha habido no pocos en la historia evolutiva de la filosofía. Incluso a veces ha podido dar la sensación de que, al hilo del progreso de determinadas áreas del conocimiento, la filosofía entraba en algún tiempo de competición, quizá con el probable afán de no quedarse atrás. De su relación con la ciencia, de bidireccional interacción y sin frontera clara durante largo tiempo, comenzó a derivarse, en especial desde los inicios del positivismo en la segunda mitad del siglo XIX, y de la eclosión científica de las primeras décadas de la centuria siguiente, una necesidad potencial de no ser menos.

La discusión entre el carácter analítico de la filosofía (Rorty, 2008, pp. 55-77), ligado a una búsqueda organizada y objetiva de conocimiento, y el transformativo, vinculado en particular con la elaboración de relatos capaces de proporcionar explicaciones sobre cómo están conectadas las transformaciones que se han dado en el pasado, si se piensa con calma, puede que no sea fruto de una filosofía que haya logrado superar la minoría de edad. Si se está dispuesto a asumir que la filosofía desarrolla en la mente un espacio de ideas y relaciones, que en ocasiones puede estimular el salto a la cancha de la vida que no está en los libros, y lo hace con el objetivo de facilitar la generación de condiciones nuevas que permitan transformar realidades, entonces no parece sensato entrar en disquisiciones de competición entre formas de escrutar la realidad que en el fondo tienen —y probablemente han tenido desde sus inicios— características comunes, pero también otras que les son propias.

El conocimiento experto ha ido desplazando el valor potencial de las interpretaciones de carácter más amplio de lo que se sabe en cada momento, al tiempo que parece que ha ido proyectando el punto de vista de que es posible incrementar las arterias de lo que se conoce sin ir mostrando la red de irrigación potencialmente resultante a cada paso. En efecto, por utilizar un pequeño símil, la plantación puntual de árboles en un potencial bosque frondoso puede ocurrir con independencia de la visión que se vaya teniendo del conjunto del mismo, aunque ello pueda tener alguna consecuencia a largo plazo, por ejemplo desde el punto de

vista organizativo en relación con la utilización equilibrada del espacio o con la extensión de un posible sistema de irrigación para casos puntuales de sequía extrema. Quizá si algunos de los árboles tienen optimizada la orientación a la luz y, desde el principio, cuentan con raíces que se engarzan mejor en las condiciones particulares del terreno, lo más probable es que su supervivencia esté mejor garantizada que la de otros. Sin embargo, si al inicio de la plantación, o en medio del proceso, se toma conciencia de la situación y se analizan y ponderan las posibles variables de entorno que más y mejor pueden favorecer el crecimiento equilibrado de la población del bosque, se fortalecerá la probabilidad de un crecimiento ordenado e integrador de la población —de árboles en el ejemplo—, de manera que formen una estructura en la que el todo y las partes evolucionen percibiéndose entre sí.

El símil previo, junto con alguna de las ideas sugeridas con anterioridad, a lo mejor puede, aunque sea modestamente, aportar algún matiz para la reflexión sobre el ejercicio de la profesión de filósofo en el tiempo presente. La detección de algunos de los problemas apuntados vinculados con el ejercicio de la filosofía, en particular en España, es posible que sólo sean parcial o muy parcialmente compartidos. Ello es connatural a la práctica de la filosofía, y no debe constituir un obstáculo para tratar de ser lo más objetivos, exigentes y críticos posible al estimular la reflexión sobre una materia a la que se valora y estima por su capacidad, entre otras posibilidades, de interrogar, de dudar, de analizar, de buscar razones, de rebelarse, de esclarecer o de argumentar.

Quizá por falta de un mínimo de cohesión entre los propios filósofos (Cruz, 2013, pp. 21-25) es probable que existan demasiados lugares comunes y tópicos que afectan a la imagen social de la filosofía, y es posible que sea pertinente analizar su cuestionable legitimidad desde la propia transmisión de la materia, y de manera no menos importante, desde el intento de la transmisión en diversos foros, no tanto de contenidos filosóficos, que no tienen por qué ser de interés general, sino de alguna de las formas de pensar que la filosofía propicia. Que existen no pocos problemas que no son decidibles ni de carácter algorítmico, que el ser humano ha de aprender a vivir siendo consciente de que sus conocimientos puntuales no minimizan con gran probabilidad su ignorancia en muchas áreas, que la prudencia puede ser un arte forjador del carácter, o que la incertidumbre es una variable que parece ir casi inexorablemente unida a la existencia humana, son, entre otras, enseñanzas ligadas a la filosofía, las cuales pueden desarrollarse de forma multipolar en diferentes entornos, actividades y profesiones. En el caso de que no se elijan criterios que minimicen, neutralicen o excluyan estas enseñanzas, incluso pueden ser capaces de aportar nutrientes fortalecedores del mundo interior de las personas, así como también vectores estimuladores para el conocimiento y para la acción. Naturalmente no hay obligación de optar por este camino, pero puede ser importante dedicar un poco de tiempo a considerar que un tipo de reflexión de red, holística, como la que la filosofía puede propiciar, sobre la evolución de los individuos y de la sociedad, puede proporcionar, retomando el símil del bosque, una perspectiva que puede ser informativa para quien trabaja en la plantación, además de que éste pueda realimentar esa perspectiva con detalles de la labor que realiza para mejorar el mapeo de las propiedades del terreno. El conocimiento experto no tiene por qué estar reñido con uno de horizonte más amplio, pues cada cual requiere su especialización. No tienen tampoco por qué entrar en competición si, sobre todo, tales formas de conocimiento persiguen como objetivo ampliar el correspondiente a su campo, así como sus posibilidades de aplicación.

Una filosofía que ha superado la pubertad puede y debe desplegar la habilidad de convivir en el espacio de la creación humana, con la ciencia, con desarrollos técnicos, con capacidades artísticas y con cualquiera otra potencialidad que favorezca el desarrollo lo más autónomo

posible de la mente humana, pues éste puede considerarse uno de sus principales vectores. De ahí que la función fomentadora del pensamiento crítico de la filosofía deba ser considerada, según el punto de vista aquí defendido, una de las, probablemente, más importantes atribuibles a la materia. No parece, sin embargo, nada claro que esto se perciba como tal, ni en el asfalto de la calle, ni tampoco en las aulas ni en las bibliotecas: cabe la posibilidad de que la profesión filosófica no vea la necesidad de potenciar en el presente tal habilidad.

Hacia un futuro consciente

Cuando el diseño del sistema educativo toma como referencia de trabajo capacidades, habilidades y valores que pueden, en muchos casos, estar alejados de las razones de — todavía — ser de la filosofía, y cuando la formación académica superior dialoga probablemente poco con la realidad fuera de las aulas, el radio de acción de la docencia y de la investigación, en este caso de la filosofía, queda drásticamente minimizado desde la foto de satélite del fluir de la interacción social. Puede aceptarse la situación, o bien rebelarse con argumentos que puedan llegar a las personas, tanto formadas como no en los campos de la filosofía. La primera reacción convive con cierta complacencia que no es asumible para la segunda. Existe un horizonte abierto entre ambas posturas, con diferentes tonalidades y matices, tanto conceptuales como prácticos. Parece una cuestión no menor analizar con el mayor realismo posible el papel y el significado de la filosofía en la educación y en la formación de las personas, dado que fuera de las aulas bulle una realidad con vida propia a la que desafortunadamente la teoría a menudo no llega a orientar.

Más allá de algunos lugares comunes que operan en la epidermis de la sociedad, y que pueden ser transmisores de no poco *ruido*, pueden existir motivos de fondo, menos evidentes por tanto, que contribuyan a fomentar una visión vacía de la filosofía, a veces incluso pueril, estéril, y, en ocasiones, mítico-mística. Aunque el punto de vista privilegiado no tiene por qué ser patrimonio particular de ningún observador concreto, no parece una hipótesis extraterrestre la que enuncia que la filosofía, dado que por su propia naturaleza tiene intereses de muy amplio espectro, ha podido ser colonizada desde hace tiempo, incluso ideologizada, por universos conceptuales que es probable que poco tengan que ver con ella.

Las capacidades y destrezas con las que la filosofía entrena a la mente precisarían ser reivindicadas más allá de las palabras, con conciencia de su valor, no sólo para la formación teórica, sino, en particular, para la forja del carácter de las personas.

La filosofía ejercita los sensores del pensamiento y de la conciencia para favorecer que funcionen, en lo posible, con autonomía y perspectiva de horizonte amplio, lo que constituye un reto para cada ser humano. Lamentablemente, desde el punto de vista que esta contribución defiende, esa función queda muy lejos de ser asignada con claridad a la filosofía en el contexto formativo español. No es inusual que los libros de texto de esta materia incluyan ideas que se expresan de forma escasamente accesible para los estudiantes, no ya sólo por la terminología y la atmósfera alambicada de transmisión de las ideas, sino porque los contenidos suelen presentarse como *entes abstractos encapsulados* que poco o nada tienen que ver con el pensamiento y la acción que acontecen en el mundo real.

La situación es grave, y establece distancia con respecto a algunos países, por ejemplo del centro y del norte de Europa, pero no es irreversible. Es posible que, por diferentes motivos, tal situación no sea percibida con nitidez suficiente, ni desde fuera ni tampoco desde dentro del universo educativo y académico, no obstante, cuando se experimenta y analiza la realidad desde los planos plano institucional y laboral, vinculando éste a la acción en organizaciones y

empresas, el no pequeño potencial que puede transmitir la filosofía para transformar el pensamiento, y con él la acción y la interacción humana, podría dibujar un horizonte bastante diferente (Kessels, 2001, pp. 11-18). Sería deseable que ese horizonte se presentase de forma transparente a la sociedad, para aprender a ver dimensiones nuevas del pensamiento, e incluso aprender a hacerlo juntos, a pensar juntos (Svare, Herrestad, 2006, pp. 155-172). No hacerlo, y sobrevivir de las rentas del pasado —más las limosnas del presente—, puede conducir, no sólo a tener una representación distorsionada de lo que la filosofía puede aportar a la construcción de la mente de las personas, sino, además, dejar vía libre a que muchas de las conquistas de la investigación y del desarrollo humanos no sean suficientemente aprovechadas en beneficio de las personas, de una proyección digna de sus expectativas para la vida.

A veces defender no basta: es preciso elegir qué camino tomar.

Referencias Bibliográficas:

- Cruz, Manuel (2013), *Filósofo de Guardia. Reflexiones acerca de lo que nos va pasando*, Política y Sociedad, RBA Actualidad, Barcelona.
- Kessels, Jos (2001), *Die Macht der Argumente. Die sokratische Methode der Gesprächsführung in der Unternehmenspraxis*, Beltz Verlag, Weinheim und Basel.
- Rorty, Richard (2008), *Filosofía y Futuro*, Biblioteca Económica Gedisa, Barcelona.
- Svare, Helge, og Herrestad, Henning (2006), *Filosofi for livet. En bok om filosofisk praksis*, Unipub forlag AS, Oslo.

